

AKIO OIZUMI & TOSHIYUKI TAKAMIYA, eds., *Medieval English Studies. Past and Present*, Eichosha Co., Ltd., Tokyo, 1990, published for the “Centre for Medieval English Studies”, viii + 310 pp.

A raíz de la creación del “Centre for Medieval English Studies” en el “College of Arts and Sciences” de la Universidad de Tokio, empezó a publicarse en 1979 un boletín informativo llamado *Medieval English Studies Newsletter*, que ha venido apareciendo dos veces al año desde entonces hasta la actualidad y que goza de una excelente distribución y un bien ganado prestigio internacional. Una de las características principales de esta publicación es la presencia en todos sus números de informes sobre la historia y estado de los estudios medievales ingleses en todo el mundo. El libro que reseño es la compilación de muchos de estos informes, así como de notas necrológicas de eminentes medievalistas, trabajos todos ellos que han visto la luz primero en la “*Newsletter*”, en la década transcurrida desde su creación y que, en su mayoría, han sido revisados y actualizados para su publicación en este volumen. Aunque el orden de presentación de estos trabajos es un tanto errático, el producto final es espléndido; se reúne aquí una cantidad preciosa de información sobre el nacimiento, evolución y actual desarrollo (en ocasiones incluyendo las perspectivas de futuro) de los estudios de inglés antiguo e inglés medio en muchísimos países y hasta en universidades concretas de gran prestigio. Entre los países reseñados se incluyen Gran Bretaña, Alemania (tanto la antigua República Federal como la ex-RDA), Bélgica, Francia, Italia, Holanda, los países nórdicos, Polonia, Australia, Nueva Zelanda, y Japón; y entre las universidades se cuentan las británicas de Oxford, Cambridge, Bristol, Edimburgo, Glasgow, Manchester y King’s College en Londres, así como del mundo de habla alemana: Berlín, Bonn, Munich, Viena; las norteamericanas de British Columbia, Chicago, Yale, y la canadiense de Toronto. Hay que repetir el viejo dicho de que evidentemente no están todas las que son, pero sin duda importantes, y en muchos casos decisivas para la evolución de estos estudios, son todas las que están. La nómina necrológica —desgraciadamente en este caso— no es menos enjundiosa: J. A. W. Bennett, Nevill Coghill, E. J. Dobson, E. T. Donaldson, S. B. Greenfield, Margaret Schlauch, Eugène Vinaver, Dorothy Whitelock, y muchos otros. Y en la relación de colaboradores están sin duda algunos de los mejores medievalistas vivos: Ralph W. V. Elliott, Dieter Mehl, A. S. G. Edwards, Douglas Gray, Jacek Fisiak, Roberta Frank, Fred C. Robinson, Donald G. Scragg, Piero Boitani, Derek S. Brewer, Derek A. Pearsall, etc.

El interés del volumen es, pues, múltiple. Imprescindible para los que quieran conocer cómo se ha desarrollado la disciplina desde sus orígenes renacentistas en Inglaterra (la compilación de manuscritos y la formación de bibliotecas) hasta su consolidación como materia académica en las universidades británicas y alemanas a partir del siglo XIX, y hasta nuestros días. Insustituible también para el que quiera saber qué estudios medievales se enseñan, a quiénes, por quiénes y cómo en los años noventa, en diversos centros superiores. Utilísimo para perseguir la historia de las investigaciones y las huellas dejadas por los grandes maestros del pasado y del presente, así como para averiguar qué rumbos están tomando los estudios en muchos lugares de prestigio. En suma, una verdadera mina de información, repleta de

nombres, de datos, de cifras, con listas bibliográficas de difícil acceso en los repertorios más comunes. La lectura del libro es un refrescante paseo por la historia de la filología medieval inglesa, que puede resultar, además, reconfortante para los que se sientan aislados y temerosos en un mundo académico que parece cada vez más amenazador y refractario ante los estudios medievales. Consuela ver cómo se desarrolla la disciplina en otros lares y los problemas que ha tenido, y que tiene todavía, que afrontar para asegurarse el futuro. Aunque en un libro de esta especie se echa mucho de menos un buen índice onomástico, que permitiría fructíferas y rápidas consultas, sin embargo, aun con esa carencia, es un instrumento informativo de primera magnitud, cuya aparición conviene resaltar debidamente.

[F.G.]